

VI Jornadas de Sociología de la UNLP

“Debates y perspectivas sobre Argentina y América Latina en el marco del Bicentenario. Reflexiones desde las Ciencias Sociales”

La Plata, 9 y 10 de diciembre de 2010

Mesa 26 Crimen y Castigo. Leyes, justicias e instituciones de seguridad en América Latina.

Autoras:

- Dra. Florencia Saintout – Facultad de Periodismo y Comunicación Social - UNLP

Correo electrónico: florenciasaintout@yahoo.com.ar

- Lic. Ayelen Sidun - Facultad de Periodismo y Comunicación Social - UNLP

Correo electrónico: asidun@perio.unlp.edu.ar

¿Culturas violentas? La producción mediática de violencias legítimas/ilegítimas y de sujetos viables/inviabiles. El caso de las juventudes

Vivimos en sociedades que algunos han llamado sociedades mediáticas, o en vías de mediatización, donde las industrias culturales ocupan un lugar cada vez más importante dentro de la socialidad contemporánea.

Ya hace tiempo que sabemos que los medios de comunicación no son sólo medios, instrumentos, sino que son actores, la mayoría de las veces actores empresariales que responden a los intereses de los sectores dominantes, que disputan junto a otros la capacidad de nombrar legítimamente el mundo de la vida, es decir, de naturalizar sus intereses particulares como ahistóricos y comunes.

Pero el sistema de medios no es cualquier actor, sino que su lugar dentro del espacio social tiene una ventaja por sobre otros ya que su “especialidad” es justamente la

materia significativa de las sociedades: los medios producen y reproducen fundamentalmente sentidos. Y esto lo hacen, por supuesto, desde un posicionamiento particular. Es así como toman y modelan a través de diferentes mecanismos sentidos existentes recreándolos y haciéndolos circular en dimensiones extensivas nunca antes vistas. No sólo modelan, crean y recrean sino que están en todos lados, todo el tiempo, interactuando con todo el mundo. De ahí que las capacidades de legitimación de discursos y prácticas sean cada vez más importantes en un contexto histórico de derrota o al menos de declive del campo de lo político y de las posibles fuerzas de izquierda o del llamado progresismo, o, para ser más contundente, de los sectores que no poseen la fuerza del capital.

Desde este contexto es que interesa plantear el tema de la exposición: los modos en que desde los medios hoy se está moldeando la legitimidad de una violencia por sobre otras; la legitimidad de unos actores (los ciudadanos) por sobre otros (los jóvenes urbanos pobres, fundamentalmente varones aunque no sólo varones). Cómo es que esto lo están haciendo desde el llamado discurso de la seguridad pública que a través de la gestión del miedo a la victimización por el delito, cristaliza incertidumbres varias entre las que sin lugar a dudas se encuentran las vulnerabilidades y precariedades producidas por la implementación de modelos neoliberales en toda la región.

Finalmente, este trabajo se detendrá en la pregunta por los modos en que los jóvenes señalados como los causantes del delito construyen una particular mirada sobre sus lugares en una sociedad que asume una definición riesgosa de la cuestión social: “del énfasis en la protección a los que van quedando en los márgenes, al desvelo por *defender* a la sociedad de la supuesta amenaza que ellos representan” (Kessler, Golbert).

La violencia de la clasificación mediática: inseguridad

Mes a mes podemos ver como sucede periódicamente y recreando un ciclo al que se asiste en toda la región en los últimos años, se desarrolla una manifestación pública más, una protesta más contra la llamada inseguridad, que a partir de la consigna velada y develada del “que mata tiene que morir” marca parte importante de la agenda de discusión pública. Es de destacar que los “intelectuales” de esta movilización fueron ya no lo periodistas, sino las megaestrellas televisivas que salieron al unísono a sostener

firmente que sus voces eran las voces de toda la ciudadanía, cuestión que no fue desalentada por ninguna expresión masiva de la sociedad civil o política organizada.

Esta manifestación, como todas las anteriores, se inscribió en un contexto periodístico en el que circulan cotidianamente imágenes, gestos, enunciaciones, que hablan de la violencia como delito (1).

La violencia se nombra como inseguridad y se corporiza en ciertos enunciados, sujetos y escenarios, construyendo el llamado discurso ciudadano de la seguridad pública. Es importante señalar que la violencia así nombrada se comunica desde la ilusión de su descripción, velando lo que claramente es un acto de clasificación: “aquí está la violencia” (que es esto y no otra cosa), “estas son sus víctimas”, “estos sus victimarios” sin ningún tipo de problematización ni historización.

Sociedades más inseguras: la violencia de unos está en todos lados

Uno de los primeros lugares donde se ubica la inseguridad es en la certeza de estar viviendo en sociedades que son violentas, y no sólo eso, sino que son “más violentas” en relación a un supuesto pasado que no lo ha sido, o que no lo ha sido tanto. Pareciera en el discurso periodístico que un día, en una época, nos levantamos y la violencia estaba. No hay inscripción de esta violencia en ninguna forma del pasado, reforzándose continuamente la idea de que antes no era así, de que antes se vivía en paz y tranquilidad.

Como para reconfirmar que los discursos periodísticos no se dan el vacío, se reponen aquí algunos de los datos construidos durante el 2002, cuando trabajamos en un proyecto de investigación latinoamericano coordinado por Rossana Reguillo, “Mitologías Urbanas, la construcción social del miedo” donde exploramos los modos en que desde la gestión social del miedo se consolidaba un orden social excluyente. En el marco de esa investigación, pudimos ver con claridad cómo es que este discurso que asocia violencia a inseguridad y que sitúa su estatuto de gravedad en la comparación con un pasado menos violento, o no violento estaba claramente incorporado en la gran mayoría de los entrevistados. El trabajo de campo nuestro se hizo en la ciudad de La Plata, fuertemente golpeada por la dictadura. Y la idea de que la ciudad era más

insegura y violenta ahora que antes era una de las grandes verdades sostenidas por los entrevistados. Sólo pensar que esto se afirmaba en un país que hacía muy pocas tiempo había implementado políticas de terror desde el de estado, con campos de tortura y 30000 desaparecidos entre muchas otras consecuencias demandaba una lectura menos lineal que la propuesta mediática.

Pero no ha sido este trabajo el único en hablar del tema. Diferentes investigaciones (Kessler; Islas) han dado cuenta de cómo en los años de la vuelta de la democracia la afirmación de que “antes había menos delito” o “antes era más seguro” remitía directamente a un discurso autoritario pro dictadura. En la actualidad, con las denuncias de hechos delictivos y criminales de la dictadura, ya no se puede seguir pensando en la esta etapa como “tiempo seguro”. Hoy este antes no se ubica con precisión en un hecho particular, sino que de alguna manera se sugiere que es una antes de la descomposición social que tiene su punto de inflexión en la crisis estructural visibilizada con los acontecimientos del 2001. Y entonces se erige un discurso donde el antes es el tiempo en el que las instituciones no se viven como incertidumbre y riesgo. Hay un antes donde había verdades sólidas que se perdió y que se anhela reponer aunque no se sabe ni cómo, ni con quién, ni qué se espera del estado en esta reposición. Lo que da lugar a una serie de interpretaciones también autoritarias pero erráticas sobre el lugar que deberían ocupar esas instituciones.

En segundo orden, la violencia como inseguridad se nombre ubicando los escenarios. Y este relato se sostiene desde la afirmación de que no hay espacio que escape a la violencia: “todos estamos inseguros”, “a cualquiera le puede pasar”, en una combinación noticiosa permanente entre hechos locales, puntuales y relatos globales.

Existen entonces zonas desde donde proviene la inseguridad, pero tal vez la novedad sea la idea misma de que el espacio público todo se considerada afectado por esta violencia. No hay ningún lugar donde podamos salvarnos de la violencia parecen decirnos las noticias cotidianas. Nadie (o, en este discurso, ningún ciudadano ya que la idea de lo todo no incluye todo) se puede salvar de ser víctima de la violencia: ni en los barrios cerrados, ni con las camionetas blindadas, ni siquiera armados. Los ciudadanos son víctimas y no hay espacio en el cual puedan cobijarse, sentirse seguros, protegidos. Las

nuevas fronteras que se habían levantado en los noventa a manera de conjuro contra la invasión de lo que quedaba por fuera, hoy aparecen en las noticias siendo vulneradas y en este acto reafirmando el terror producido por los extraños que entran a la casa, a la casa que puede ser tomada (2). Esto, igualmente, no supone una entrega, una rendición, en la lucha individualizada contra la amenaza: siguen existiendo las estrategias de enrejado, de seguridad privada de acuerdo al sector social, de encierro, que aunque afirmadas en su inutilidad contribuyen a profundizar la afirmación de estar viviendo en una selva en la cual hay que defenderse.

En este orden de los discursos, no son sólo los barrios cerrados y las camionetas blindadas las que han sido ocupadas por la violencia, sino que otra de las instituciones que se relata “han sido tomadas por asalto” son las escuelas.

La escuela, esta institución que durante años había tenido el patrimonio de la enseñanza de la civilización, que había sostenido el conjuro contra la barbarie aparece sofocada por una “inseguridad” que pareciera tomarla por sorpresa, sin que tenga reflejos para dar respuestas.

La televisión presenta las noticias de lo que llama la violencia escolar: alumnos contra alumnos, alumnos contra maestros, alumnos que dañan las instalaciones de la escuela. El episodio de Carmen de Patagones, cuando un joven irrumpió armado en un aula y asesinó a unos de sus compañeros, reforzó en la televisión local conectada globalmente, un género, un nuevo pacto de lectura sobre el lugar de las escuelas públicas en la Argentina. Así la escuela dejaba de ser la maquinaria productora de la ciudadanía moderna para ser uno más de los emblemas del deterioro y los procesos de descivilización. Para los hacedores de las noticias la llamada violencia en la escuela es otra cara de la inseguridad que ha ocupado, podríamos decir siguiendo sus lógicas, un territorio insólito, imposible para otros tiempos (3).

Pero si bien es cierto que se asume que la violencia como inseguridad está en todos lados, no está del mismo modo. Hay ciertas zonas más violentas que otras, “mapas de la inseguridad”, donde desde el ejercicio de la venta de la verdad como sentido común se naturaliza que las “zonas calientes”, las “zonas inseguras”, los “focos” son básicamente

aquellas donde se sitúan los barrios más pobres y precarizados. Zonas que desde la televisión aparecen no sólo en las noticias sino también desde una exotizante puesta en escena, desde la descripción atenta a la palabra y los cuerpos de los “nativos/salvajes” que sólo confirma que es desde allí desde donde salen los delincuentes que luego hostigarán a una sociedad victimizada o potencialmente victimizada.

La ubicación de los territorios pobres como productores del delito marca la asociación nada velada y casi diríamos políticamente correcta entre delincuencia y pobreza desde un esfuerzo descriptivo que podría permitir tanto posicionamientos tradicionalmente ligados a la derecha como miradas más progresistas. Porque la aparente descripción asume la relación sin ningún tipo de problematización ni de pregunta, como si fuera una relación natural y no producto de la sedimentación de sociedades excluyentes y segregatorias a las cuales estas clasificaciones contribuyen sin lugar a duda a consolidar. Estos mapas de la inseguridad que en los hechos producen los medios, la mayoría de las veces se hacen reproduciendo un sentido común clasista y moralizante que contribuye al incremento de la alterofobia social.

Los sujetos

Finalmente, la violencia es corporizada en ciertos sujetos: por un lado, las víctimas de la violencia, y por otro los victimarios: los jóvenes, ciertos jóvenes.

Uno de los espacios donde los jóvenes se hacen más presentes en los medios es en las noticias policiales transformadas en temáticas de la llamada seguridad pública.

De un lado ciudadanos que se han transformado en consumidores y vecinos, y que en el discurso de la seguridad son víctimas de la violencia, y por otro los jóvenes de los cuales no sólo ya nada se puede esperar, sino que además hacen peligrar lo que la sociedad de los consumidores ha valorado como necesario de ser conservado: la propiedad privada, la vida, la coexistencia pacífica, el orden, la demarcación de los territorios. Son los que los medios han llamado en los últimos años los pibes chorros, los delincuentes, los maras argentinos o del lugar que sean.

Sin lugar a dudas estos jóvenes pertenecen a sectores excluidos de la sociedad, que no sólo no han tenido acceso a la ciudadanía sino que en muchos casos son hijos de una o dos generaciones de no/ciudadanos.

Los medios, a través de mecanismos de simplificación extrema han presentado esta característica como un componente aberrante pero natural de la socialidad contemporánea (Islas, 2003). A estos jóvenes para los que no hay una política clara de inclusión y que son los más vulnerables en un contexto de incertidumbre extrema como el que se está viviendo, se les teme justamente porque se asume que están por fuera de toda regulación social: nadie puede poner un límite, controlar lo salvaje. Se los nombra a partir de la idea de que su peligrosidad estriba en que “nada tienen que perder”, en que “no tienen futuro y por lo tanto pueden ir por el suyo”. Jóvenes que son, se dice, aquellos que se resisten a ser educados, a ser disciplinados, “ que entran por una puerta y salen por la otra” , los que “matan, los que deben morir”.

La construcción de unos jóvenes desechables por violentos, encubre la complejidad del origen social de la violencia urbana y adjudica la responsabilidad de la misma a ellos. Se narra una perversión casi natural de estos que de alguna manera, en un paradójico juego entre el pánico y la tranquilidad -casi se podría pensar que son perversos congénitamente, lo que tranquiliza ya que no son contagiosos-, anticipa el conjuro: una sociedad que en este caso parece unificarse sólo a partir de la demanda de más represión. “O son ellos, o nosotros”, parecen indicar amplios sectores a través de los medios de comunicación. Entonces, hay que actuar (4).

Las lecturas

Ante estas construcciones interesa reponer la pregunta por los modos de relación que con los relatos hegemónicos y moralizados por la televisión tienen los jóvenes de sectores subalternos, partiendo de la base de que hay una multiplicidad de lecturas y apropiaciones de las que se señalará a la manera de unas posibles tipologías (que como tales, pueden ser esquemáticas) dos grandes matrices.

En primer lugar es posible afirmar que algunos jóvenes de los sectores subalternos o vulnerabilizados hacen propio este relato desde lo que la tradición de estudios de audiencia han llamado una lectura preferencial o hegemónica. Es decir, reproducen sin enormes fisuras la idea de que “el mal”, que el deterioro, tiene su origen en las conductas naturalmente violentas de ellos mismos. Que ellos, o que sus jóvenes vecinos, son realmente los causantes de la inseguridad y del deterioro ya que se han entregado al delito, o las drogas, o a lo que sea que se les ofreció para llevar adelante tan lamentable papel.

En una entrevista, una chica proveniente de un barrio extremadamente pobre nos decía “El lugar donde vivo está lleno de pibes que ya no pueden rescatarse (3). Yo se que no me tengo que acercar a ellos, me dan miedo. Si no fuera por ellos acá se podría vivir, pero no es así, no te dejan. Nadie puede hacer nada con ellos”.

En ocasiones esta asociación entre inseguridad/violencia y culpabilidad juvenil que hacen los mismos jóvenes se sostiene sobre una autojustificación anclada en la victimización de la condición juvenil ligada a la denuncia de la presencia del paco, de las malas juntas, de la falta de trabajo, del abandono, pero de las cuales finalmente ellos son culpables porque no pueden torcer lo que aparece como un destino.

En otras ocasiones, también podría pensarse que el asumir de los jóvenes pobres de que otros jóvenes pobres como ellos son los responsables de la inseguridad, puede explicarse en una socialidad fragmentada y en espacios homogéneos, cerrados, cargada de signos de segregación no sólo interclase sino también intraclase, lo que significa que se configuren subgrupos con valores compartidos sólo por ellos mismos y que pueden ser hostiles a otros grupos dentro de un mismo sector. En este sentido, se menciona a manera de ejemplo la condición de ciertos grupos subalternos juveniles de transformar en capital la capacidad de hostigamiento de los que aparecen más débiles. La capacidad de victimizar a través de la fuerza al otro es un capital en situaciones de adversidad como las que se presentan en instituciones de reclusión. Y en momentos históricos como el actual en donde la existencia de una ley como terceridad en la que se dirimen los conflictos se desdibuja, esta capacidad prodría perpetuarse como capital extramuros, haciendo que jóvenes de un mismo barrio y sector social, cercanos, se transformen en hostigadores de otros mismos jóvenes.

La vivencia de que no hay ley (persona, autoridad, institución) que pueda mediar en los conflictos entre pares sostiene en muchas ocasiones la posibilidad de que éstos se diriman a como se pueda. Y si lo que se puede es el ejercicio de un poder de fuerza de unos sobre otros, así será. Jóvenes que se transforman en verdugos de otros jóvenes cercanos. Es entonces que el discurso hegemónico de la culpabilización y criminalización individual adquiere por otras vías sentido de verdad.

La segunda lectura es la que transforma el estigma (ser peligroso, estar perdido) en emblema de identidad. En los últimos años se ha conocido (incluso a través de las industrias culturales, especialmente de la música, la cumbia villera, del llamado rock plebeyo, por ejemplo) un discurso juvenil que en un uso táctico (Certeau, 1997), asume la identidad de juventud peligrosa resignificando su lugar de carencia y situándola como capital: “Ellos son los chetos, nosotros los chorros”, sumado al grito de guerra “aguante el pibe chorros!

Introduciendo elementos de muy diversa índole, donde conviven esquemas de una cultura autoritaria y machista con prácticas de subversión del orden dominante, parte de estos jóvenes que en la mayoría de las veces no poseen la ciudadanía ni política, ni social ni cultural, toman la información que sobre ellos circula moldeándolos a partir de la condición de la identidad deteriorada y la transforman en plataforma desde la cual enfrentar un mundo que se les hace cada día más adverso.

Desde lo que los estudios culturales británicos (Hall, Jefferson, 1993; Hebdige, 1979,2004) han denominado como estilo, con la utilización de los objetos que les ofrece el mercado, con la producción de toda una simbología interesada en trazar una huella propia, estos “desangelados”, gestualizan la posibilidad de otro destino que les permita sobrevivir.

En este sentido se ha trabajado la llamada subcultura del delito como táctica de sobrevivencia de ciertos jóvenes socializados en las consecuencias de desintegración de las políticas neoliberales (Miguez, 2008) . Unas subculturas que pueden ser pensadas como prácticas de resistencia a una orden que no les da lugar, que los deshecha, pero

con el cual se tiene una relación conflictiva y ambigua ya que a la vez que se impugna se anhela pertenecer. Unas subculturas que parecieran permitir la sobrevivencia pero sin eludir el gesto represivo que las condena también como destino.

A modo de conclusiones

A modo de cierre, dos consideraciones.

La primera tiene que ver con la constatación de que la noticia policial devenida política construye un discurso de la seguridad ciudadana donde el espacio público mercantilizado se obtura para unos que se consideran desechables y se habilita sólo para otros, los ciudadanos/consumidores/víctimas que sujetos a las posibilidades de gestión del miedo buscan la segregación de lo que ven como causante de la amenaza: los jóvenes pobres. Esto lo hacen desde un discurso aparentemente descriptivo, pero deshistorizado, sin normatividades ni reglas de juego claras en torno a la imágenes, a los datos, a la información que vayan más allá de la reproducción “natural de los hechos”, como si esto fuera posible.

Ante tamaña “verdad” del sentido común es posible preguntarse por las capacidades de desvío, de lectura táctica o contrahegemónica que puedan tener estos jóvenes estigmatizados que les permita enfrentar las adversidades y crear capitales para impugnar un orden social que los deja fuera.

Una tradición de estudios culturales ha visto en los sectores subalternos, de los cuales estos jóvenes forman parte, la existencia de una cultura propia, una subcultura, hecha de subordinación y resistencia, de negociaciones y resemantizaciones. La posibilidad de fundar un “poder otro” que posibilite si no la transformación de la norma excluyente al menos su elasticidad para la integración. **Pero pareciera hoy que las condiciones de negociación y enfrentamiento, de comunicación entre la cultura oficial dominante y las subalternas son tan profundamente asimétricas que en todo caso estas posibles llamadas subculturas no logran moverse más allá de su existencia expresiva, de su gestualidad, sin peso preformativo. Sin capacidad para marcar una diferencia. En este sentido, el papel de los grandes medios de comunicación y**

sus pesadas maquinarias de producción cultural al servicio del mercado no logran ser fisurados por las producciones culturales de la miseria, de la precariedad y la vulnerabilidad más allá de su utilización táctica.

Claro está, no hablamos aquí de medios como instrumentos o tecnologías, sino de un orden social neoliberal de décadas de implementación que tiene en las instituciones mediáticas las maquinarias más sofisticadas de producción y reproducción cultural. Pensando en lo enunciado por Bourdieu a partir de una idea de Marcel Mauss en torno a la magia -los poderes, para él, ni tan ocultos ni tan imprevisibles-. (9): "...el problema de la magia no es tanto saber cuáles son las específicas propiedades del mago, ni siquiera las operaciones y representaciones mágicas, sino descubrir las bases de la creencia colectiva o, con más precisión, el desconocimiento-reconocimiento colectivo, colectivamente producido y mantenido, que es el sustento del poder del que se apropia el mago. Si es imposible entender la magia sin el grupo mágico, esto es porque el poder del mago es una impostura válida, un legítimo abuso del poder, colectivamente desconocido y así reconocido".

Desde hace décadas los medios/magos se sostienen en las creencias colectivas consolidadas del valor del capital sobre cualquier otro tipo de valores, como un poder reconocido y a la vez desconocido. Para sostenerlo han asumido que hay sujetos que como las mercancías en desuso, son desechables. Es tarea de los intelectuales, entre otros, el desmontaje crítico de estas verdades para lo cual seguramente habrá que discutir otra vez., también, qué es un intelectual en tiempos de oscuridad cuando parece que la idea de los expertos (sean sociólogos o periodistas) no alcanza.

(1) No nos vamos a detener en este artículo sobre la “cuestión criminal” en sí misma, que configura un fenómeno complejo y multifactorial, del cual no se tiene en la argentina un estado de la cuestión basado en investigaciones globales confiables y cerradas que permita diseñar políticas más allá de los intentos erráticos de tranquilizar a la población desde asumir lo que se ha llamado la “sensación del miedo”.

2) Mientras la idea de una frontera que puede proteger se cae, la persistencia de las fronteras que excluyen , tanto materiales como simbólicas, se erigen en el mundo con tanta o más eficacia que nunca.

3) Nuevamente aquí podríamos reflexionar cómo es que lo que se clasifica como violencia en las escuelas forma parte de una visión y por lo tanto división de orden ideológico, que no considera como violenta, por ejemplo, la normatividad escolar escritural y heterosexual presente en la constitución misma de esta institución que durante más de un siglo segregó y manipuló lo que aparecía por fuera de esa norma.

Pero además, señalamos la la dificultad para afirmar que la violencia escolar, en todas sus formas, es más grave en la actualidad que en otras épocas. En su libro *Violencias y conflictos en las escuelas*, publicado por Paidós en el 2008, Daniel Míguez demuestra claramente la dificultad para afirmar que la violencia escolar, en todas sus formas, es más grave en la actualidad que en otras épocas. Pero sí se desarrolla la idea de que hoy las percepciones de los jóvenes sobre estas violencias está mucho más presente “ A la vez que podemos afirmar que las formas de interacción dentro de la comunidad escolar , en general, no han cambiado tan drásticamente, debemos también considerar que las percepciones acerca de ellas han sufrido una serie de mutaciones que hacen que algunas

formas de interacción aceptables en el pasado sean progresivamente reconocidas como violentas” (p.29) Y esto no significa ni que las percepciones sean falsas, no reales, ni que sus cambios sean arbitrarios.

4) Según la CORREPI (Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional) en el informe del 2006, existen en democracia más de

1900 víctimas de la represión policial, de las cuales el **64 por ciento son jóvenes de entre 15 a 25 años**.

La clasificación indica que el **45 por ciento de estas muertes se produjo en cárceles y comisarias, y el resto en episodios de gatillo fácil**.

El organismo no cuenta los casos de enfrentamiento sino sólo los de represión, cuando la víctima está indefensa y no presenta peligro para terceros.

Bibliografía

_ Bourdieu, Pierre (1980) Production of belief: Contribution to an economy of symbolic goods", Media,Culture and Society.

_ Hall, Jefferson (2006, 1975) : Resistance through Rituals, Youth subculturas in post war Britain. Routledge.

_ Hebdige, Dick (1979/2004): Subcultura. El significado del estilo, Buenos Aires Paidós.

_ Isla, Alejandro (2003) Heridas Urbanas, violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa, Buenos Aires, FLACSO.

_ Kessler, G. y Golbert, L. (2001) El crecimiento de la violencia urbana en Argentina de los 90. El debate entre la explicación económica y la sociológica. Borrador para la discusión.

_Kesser, Gabriel(2007) Miedo al crimen. Representaciones colectivas, comportamientos individuales y acciones públicas, en Isla, Alejandro (compilador) En los márgenes de la ley. Inseguridad y violencia en el cono sur, Buenos Aires, Paidós

_ Kornblit, Ana Lía (2008) Violencia Escolar y climas sociales, Buenos Aires, Biblos.

_ Miguez, Daniel

(2004) Los pibes chorros, Estigma y marginación, Buenos Aires, Capital Intelectual.

(2008) Delito y Cultura. Los códigos de la ilegalidad en la juventud marginal urbana, Buenos Aires, Biblos.

_ Reguillo, Rossana

(2000) Los laberintos del miedo. Un recorrido para fin de siglo, en Revista Estudios Sociales número 5, Bogotá, Facultad de Cs. Sociales, Universidad de los Andes, Fundación Social, p 63/7

(2001) Lotería Urbana, Un juego para pensar la ciudad, México, Iteso.

_ Salazar, Alonso (1990): No nacimos pa' semilla. Bogotá, CINEP.

